

AYUNTAMIENTO DE CASPE
REGISTRO ENTRADA
2021-E-RC-997
26/03/2021 12:17



SR. ROSELL,
DE ROSELL E HIJOS

PSEUDÓNIMO : EREBO



Al señor Rosell, de Rosell e hijos S.A., le gustan los zapatos de mujer, un vicio minuciosamente elaborado a lo largo de sus últimos veintiocho años. Tal vez por ello su paseo de todas las tardes termina invariablemente ante los escaparates de la zapatería más elegante de la ciudad. Tal vez por ello también inspecciona a derecha e izquierda buscando la ausencia de incómodos testigos antes de decidirse a pasar al sector femenino de las vidrieras y mirar con avidez al otro lado del cristal.

– *¡Vaya estos, qué curiosos!*

La silueta encorvada de su traje gris rancio se refleja cada día en las impolutas cristaleras del escaparate de la calle Rusiñol, donde las dependientas ya se ha acostumbrado a su presencia después de tantos años.

– *Ahí llega el viejo. Ya tardaba.*

El señor Rosell, mirón de escaparates de calzado femenino, se ha ido haciendo a esta pasión a fuego lento desde que su querida madre, a la que se sentía muy apegado y cuyos zapatos de novia todavía guarda en su caja original, abandonó este mundo definitivamente treinta y siete años atrás, dejándolo solo y desamparado a la edad de cuarenta y siete, una criatura.

– *Morirse dejándome soltero, ¡qué desconsideración!*

Ella le contaba cuentos de hadas desde niño y nunca había dejado de hacerlo. Precisamente en la cabecera de su cama, contándole la Cenicienta, su cuento favorito, era donde le había fallado el corazón. Demasiadas emociones las suscitadas con la pérdida de un zapatito de cristal. Desde entonces, día tras día, el señor Rosell no ha faltado a su cita inspectora de escaparates donde se exhiben nuevos modelos para pies de mujer.

Ahora que está solo en ese enorme piso del centro de Barcelona se ha hecho instalar para su

deleite visual una habitación entera de vitrinas con luces regulables donde colocar su clandestina colección de zapatos femeninos, preciadas piezas con las que se ha ido haciendo poco a poco, en ocasiones por medios inconfesables. Le ronda una vergüenza interior que le hace exclamar por lo bajini al acostarte “*¡si mamá levantara la cabeza!* De haber tenido herederos, a buen seguro les habría legado una fortuna, no en vano cuenta con algunos ejemplares rarísimos, encargos de extraña procedencia logrados gracias al concurso de tan reputados como corruptos anticuarios por cuya intervención ha pagado una fortuna en el extranjero, véase si no esos botines bicolor de media caña acordonados al frente que utilizó la propia reina Victoria Eugenia en su castillo escocés de Balmoral y que le dieron tal nombre al modelo, o esas sandalias de pedestal de madera con viejas incrustaciones de madreperla que alguna mujer del imperio otomano llevó en sus delicados pies para protegerlos del polvo de las calles y del suelo de los baños públicos. ¡Ah, qué fetiches tan deliciosos! ¡ Bien empleados los tratos mafiosos a los que le había sometido aquel tipo tan parecido al Rocky Luciano de la nariz torcida que capitaneaba a los malos en la película que acababan de poner en la televisión! Cualquier cosa por ese placer privado, esas joyas que ahora lucían sólo para él.

El señor Rosell mira y remira los ejemplares que se exhiben en sus vitrinas. Entre sus preferidos están las plataformas de satén tan atrevidas que Rita Hayworth calzaba en aquella foto tan famosa que los soldados americanos pegaban en el fondo de sus taquillas -calzado cuya posesión le había costado la indignidad de tener que contratar a un matón siciliano para que se encargara de disuadir a otro cliente interesado en la subasta inglesa de tan preciado botín- y unas zapatillas de brocado doradas diseñadas especialmente para lucimiento de Elizabeth Taylor en Cleopatra. Este segundo par le había salido más barato; una simple llamada telefónica había bastado para quitarse de encima al adversario competidor.

- *Si me haces sombra, te parto las piernas.*

Eso le había espetado imitando una grave voz de gangster según le parecía recordar del doblador de El Padrino.

Calzado femenino de toda índole se asoma tras los cristales iluminados de las vitrinas ofreciéndose a la exclusiva vista del señor Rosell, cuya desnudez, amparada pudorosamente por la satinada soledad de un batín granate adamascado, azuza placeres privados cada noche antes de retirarse al tálamo. Su voz suena temblorosa cuando les habla a sus invitados, los zapatos.

- *¿Qué coquette francesa se habrá puesto esta babucha tan rococó?*

- *¡Cómo habrá sufrido tu dueña con esta punta tan cruelmente puntiaguda!*

Cuánta belleza ausente. El señor Rosell proyecta la personalidad de la mujer a través de su calzado. Poseer esos zapatos es poseer a sus antiguas dueñas, cada una con sus cualidades todavía no desvanecidas, acurrucadas para siempre en ese espacio divino marcado por sus huellas; poseerlas como lo hacía de joven, con esa mirada inseminadora, cada vez que le presentaban a una.

- *Mucho gusto en conocerle, señor Rosell.*

- *A sus pies.*

Y tanto.

Más de una vez recuerda cuando asistía a las cenas de sociedad en lujosos restaurantes y dejaba caer la servilleta para observar por debajo de la mesa al recogerla los pies desnudos de las mujeres, que solían haberse desprendido de sus tormentosos zapatos de tacón alto; como sin duda lo haría la dueña de esas sandalias de la mismísima Afrodita que ahora descansan en el aparador tras pasar mil y una noches enteras de vaivenes al son de la música, bañada en champagne; la imagen del coqueteo puro. ¡Ah, qué placer pasear la vista por esas otras de tiras de piel de serpiente entrecruzadas, ultra femeninas, en colores de joyas, de ante púrpura, de cabritilla dorada, de lagarto nacarado. Zapatos de salón, botas, botines, salidos muchos de ellos de insospechados baúles de nonagenarias fallecidas cuyos herederos menospreciaron el contenido de sus rincones más privados

y se negaron a dejar ver la luz a mercancía tan vergonzante.

Esta mañana al levantarse, el señor Rosell se ha sentido inquieto. Lleva varios días en la cama nervioso, sin poder conciliar el sueño, y ni siquiera las infusiones de valeriana le hacen ya efecto. Tiene además dolores inespecíficos. Tal vez debiera prepararse uno de esos jarabes cuya receta le era tan familiar a la tía Gertru, prima hermana de su madre, a base de vino blanco, azafrán, clavo y canela aderezados con una pizca de láudano. Ayer, sin ir más lejos, volvió a repetirse el sueño que le tiene obsesionado desde hace algún tiempo: se ve a sí mismo como maestro zapatero, creando no sólo calzado sino momentos fugaces empapados de fantasías obscenas en lucha contra el pecado. Se ve fabricando modelos de piel de caimán y de otros animales exóticos para celebridades como Mamie Eisenhower, Eleanor Roosevelt o cualquier otra de esas mujeres de vidas indolentes y privilegiadas, esposas de millonarios arruinados por la Bolsa que se tiran al vacío desde las terrazas de sus rascacielos, o logrando creaciones milagrosas que captan totalmente la personalidad de estrellas de cine tan cotizadas como Ava Gardner. Así tiene ya ideados unos botines de piel de leopardo para Grace Kelly, o unos traviesos zapatos bailarines para Judy Garland, además de un par de modelos de salón elaborados ex profeso para una rubia platino de rostro desconocido, de esas que siempre se han paseado entre la humareda de los garitos de venta ilegal de alcohol. En la segunda fase de su sueño, el señor Rosell infantiliza a todas esas figuras representándoselas puerilmente ataviadas con vestiditos de domingo y zapatos merceditas con calcetines blancos. Imágenes de niñas con rostros de mujer. Fanático del cine norteamericano, el señor Rosell se imagina a sí mismo con el pie de Lana Turner en la mano, arrodillado ante ella, tomando la medida de su huella, calibrando las dimensiones del empeine, su contorno, visualizando la altura del tacón para determinar el tamaño de la garganta, establecer la altura de la caña, la medida de la curva del arco. Se ve elaborando la plantilla, cortando el forro, biselando los bordes para garantizar un buen ajuste, cosiendo con emoción todas las piezas, diseñando y realizando la puntera, añadiendo el

contrafuerte, tensando la piel sobre la horma antes de clavarla y ensamblarla a la base...

Esto que le pasa no es normal, esta desazón, esta inquietud, este desasosiego; seguramente lo que necesita es comprar algún par de zapatos nuevo y ampliar su colección. Sí, en situaciones así es lo único que le tranquiliza. Decididamente, son esas sandalias de tacón alto con pedrería y marabú que vio por primera vez hace una semana, y que desde entonces no se ha podido quitar de la cabeza, lo que le trastorna. Irá a comprarlas. Es increíble lo que se han puesto de moda entre las jovencitas. Su estado mental le hace ver a todas las mujeres con las que se cruza -incluidas las amas de casa que tiran del carrito de la compra- indecentemente calzadas con ellas mostrando los dedos y el talón, cosa que le vuelve loco. Adora ver pasar a esas mujeres Marilyn con el cuerpo erguido, las nalgas prietas y el pecho apuntando al cielo, tambaleándose sobre trece centímetros de tacón aguja, que parece que fueran a echarse a volar. Así haría Catalina de Médicis cuando llegó a París para contraer nupcias con el duque de Orléans -piensa-, seguro. Definitivamente, las mujeres llevan los sueños de los hombres en los pies.

– *Póngame esas sandalias de pedrería y marabú del escaparate. El 38. Son para mi nieta, sabe usted.*

Mientras le sirven, observa a las clientas. No se atreve a sentarse entre esa multitud de piernas femeninas que van y vienen a derecha e izquierda calzadas con las novedades de última hora. A todas les pone rostro de artistas, de mitos del cine americano o francés. A esa pechugona le sentaría muy bien uno de los doscientos pares de Jane Mansfield, y a esa otra alta, de hombros cuadrados, un modelo frívolo de tacón cigarrillo de los preferidos por la enigmática y desafiante Marlène Dietrich – su actriz favorita desde que, recién despertado a la adolescencia, la vio caminar sobre unos zapatos altísimos atravesando el desierto en la película “Marruecos”-; esa gorda pecotosa con pinta de ligera de cascos iría bien servida con unos de charol, material aliado de cualquier chica traviesa y descarada como Mae West, y causa de una inevitable mala reputación. En

cambio esa otra de finos tobillos necesita la alquimia parisina que siempre llevó en los pies Josephine Baker.

El señor Rosell comienza a marearse. Cientos de piernas femeninas han invadido su cerebro yendo y viniendo en todos los sentidos, calzadas con modelos muy alegres y decorativos, algunos de formas basadas en los principios modernos de la aerodinámica y la ingeniería, y con todo tipo de tacón: de coma, de carrete, de bola, de aguja, de pirámide, de caracol, zapatos de baile americano de los felices años veinte, un mare magnum.

– *¿Los envuelvo para regalo?*

El señor Rosell no contesta. El señor Rosell está ausente. El señor Rosell está reviviendo la escena de tocador de Marilyn Monroe en “La tentación vive arriba” donde la diva columpia frívolamente el calzado de tacón más erótico que uno pueda imaginar en territorio íntimo y privado, sus zapatillas de marabú, sujetándolo sólo por los dedos del pie al sentarse y cruzar la pierna.

– *¿Se encuentra usted bien?*

– *Sí, sí, usted perdone.*

– *Le preguntaba si los envuelvo para regalo.*

– *Si es usted tan amable...*

Ya de vuelta no puede esperar a encontrarse en casa. En el ascensor, las manos le traicionan. Con la respiración acelerada por la ansiedad, el señor Rosell abre la bolsa que contiene el preciado tesoro y mira; tal acto le produce la recompensa de un escalofrío. Una vez en su dormitorio, levanta la tapa de la caja y retira con cuidado el fino papel de seda que envuelve el deseado par. Como si de un bebé se tratara, toma en sus manos primero una sandalia y luego la otra con el esmero que requiere algo tan delicado. Las alza. Las observa a la luz. Las disfruta atendiendo a un profundo deseo inusitado. Se las pone. Ahí comienza su perdición.

El señor Rosell pasea con ellas por la habitación, da vueltas por la casa calzado con esas sandalias de tacón que le enloquecen. Se mira en el espejo, devolviéndole éste la imagen de un viejo de traje gris de pies ridículamente travestidos. Esta visión tan inadecuada le disgusta. Se sienta en la cama y observa sus juanetes, que asoman inopinadamente por entre la espesura del marabú. Qué contrariedad. Uno de ellos, que parece alzar la cabeza para fastidiarle más de la cuenta, le habla.

– *¿Es eso lo que querías, querido? ¿Tal vez en otro color?*

Tal mofa insoportable le parece humillante. Intenta entonces desprenderse del diabólico calzado pero le resulta imposible. Las sandalias parecen soldadas a la planta de sus pies. Tira del tacón, tira del empeine, no hay manera de quitárselas. Es, tal vez, cuestión de tiempo. Acaso sea culpa del sudor. Quizás esperando un rato. Calma. Lo intentará una y otra vez, las que hagan falta. Probará primero con una y luego con la otra, tras una pausa.

Al cabo de media hora lo vuelve a intentar. Nada. Las sandalias permanecen adheridas a sus pies, en íntima comunión.

– *Esto debe de ser un mal sueño.*

Mañana, posiblemente, al despertar, las cosas serán de otra manera. Se acuesta vestido y calzado. Se duerme entre sudores y escalofríos.

-Qué va a ser de mí si no lo logro.

A la mañana siguiente se despierta repentinamente sobresaltado. Se incorpora en la cama como accionado por un resorte al acordarse de su situación. No se atreve a mirarse los pies. Cuando finalmente lo hace es para comprobar que las sandalias de marabú siguen ahí, abrazadas a sus tobillos, inmóviles y altivas, como riéndose de él.

Pobre viejo.

Camina a trompicones con ellas por el crujiente pasillo camino del cuarto de baño, enganchándose con el tacón en las rendijas del suelo de tabla. Llena el bidé de agua bien caliente y sumerge en él sus miembros travestidos. Sin duda después de un buen remojo... A las dos horas su piel está más arrugada que una pasa de Corinto, pero las sandalias permanecen inamovibles.

Pasan las horas y los días y el señor Rosell no logra desembarazarse del muerto. Sus actos más banales son ya heroicos con esos esclavizantes grilletos enganchados al tobillo. Ya se le ha terminado la comida del frigorífico, la del aparador, la de la despensa. Se ha zampado incluso la comida del pez, y el pez detrás. Hace dos días que no queda nada de comer en la casa y no es cuestión de salir al supermercado a por provisiones en este estado.

– *Buenas, no me mire los pies, póngame cuarto y mitad de sardinas, y un jarrete.*

Ni por todo el oro del mundo. Él tiene su dignidad.

El señor Rosell ha adelgazado tanto que ha tenido que estrechar su cinturón dos agujeros para que no se le caigan los pantalones, en cuyos bajos se esconde el maléfico objeto de su perdición. Le ha subido impropriamente la tensión y por la noche le dan taquicardias y sudores fríos. Ahora ya sólo quiere morir dignamente. Su juanete le sigue hablando con las palabras más crueles de Pepito Grillo.

- *¿Esto querías? ¿Eh? ¿Esto querías?*

Su cuerpo se ha ido transformando poco a poco. Ahora juraría que luce unas deliciosas piernas femeninas depiladas hasta donde empieza la rodilla, en contraste con la flaccidez avejentada de sus muslos. Ya no come, obsesionado por ese parásito instalado en sus pies que le va cambiando el cuerpo y del que no puede desembarazarse. Su salud va empeorando día a día y ya no es capaz de

hacer frente a los actos humanos más simples, una micción, una sardana. Dentro de poco, sin duda alguna, llegará a perder eso que llaman control de esfínteres. Qué indignidad.

-¡Señor! Prometí a mi madre, que en paz descanse, que donaría mi cuerpo a la Ciencia, para estudio y avance de la Medicina. En estas circunstancias, ¡qué vergüenza!

La señora de la limpieza tardará en volver de sus vacaciones, gracias a Dios. Sólo le queda llamar a Cabrera, su único amigo, que dispone de llave para entrar en su piso, aunque hace meses que no le ha visto y probablemente no se encuentre en la ciudad. *“Te suplico que vengas a verme inmediatamente, estoy en un apuro. Pase lo que pase, no me hagas preguntas”*, le deja dicho con voz angustiada en el contestador. En agosto sólo las ratas que no están de veraneo pueden acompañar a los viejos, piensa contrariado al colgar.

Cuando al día siguiente Cabrera regresa de sus baños en el balneario de Panticosa, recoge el mensaje y accede al domicilio de Rosell todo intrigado. Un sobre cerrado y dirigido a su nombre le espera sobre la desvencijada mesita del recibidor. *“Para Cabrera. Instrucciones”*.

En el Instituto Anatómico Forense se recibía al día siguiente un cadáver sin identificar. Una llamada anónima había avisado por la noche de su localización en el puerto, asegurando que era voluntad del difunto ofrecer su cuerpo para la investigación en Medicina, voluntad de la que tenía pruebas por escrito. Nadie hizo preguntas. Nadie quiso saber, a pesar de lo insólito, al retirar la sábana que lo cubría, por qué al muerto le faltaban los dos pies.